

Tu eres mi
primavera
eterna

Alexis
Rain



Tú eres mi primavera eterna

Alexis Rain

Contenido

[Capítulo 1](#)

(Sakura)

[Capítulo 2](#)

(Liam)

[Capítulo 3](#)

(Sakura)

[Capítulo 4](#)

(Sakura)

[Capítulo 5](#)

(Liam)

[Capítulo 6](#)

(Sakura)

[Capítulo 7](#)

(Liam)

[Capítulo 8](#)

(Sakura)

[Capítulo 9](#)

(Sakura)

[Capítulo 10](#)

(Liam)

[Capítulo 11](#)

(Sakura)

[Capítulo 12](#)

(Liam)

[Capítulo 13](#)

(Sakura)

[Capítulo 14](#)

(Liam)

[Capítulo 15](#)

[\(Sakura\)](#)

[Capítulo 16](#)

[\(Liam\)](#)

Capítulo 1

(Sakura)

El mismo aroma de todos los días penetraba por mi nariz, un agradable olor a café italiano y tostadas medio chamuscadas. La distribución perfecta de la mesa, intentaba dar esa impresión de calidez familiar que tanto se afanaba mi padre por conseguir de forma casi utópica. En cierta manera valoraba sus esfuerzos, pero por mucho que se esforzase nunca lograba esa escena, sino todo lo contrario. Al menos la temperatura del café templaba la frialdad de un nuevo día de rutina, o eso pensaba yo...

Miré el reloj y casi me atraganté con la tostada.

Otra vez me había quedado inmersa en mis pensamientos.

—Cojonudo, vuelvo a llegar tarde —dije refunfuñando, al tiempo que echaba mano al bolso para salir pitando en dirección a la estación.

Siempre he pensado en lo complicado que le resultaría a un extranjero acostumbrarse al bullicio de Tokio. En hora punta todo lo que alcanza la vista son personas esperando el metro y resulta agobiante. Al menos las mujeres disfrutábamos de vagones aparte. Nada más entrar en el mío, escuché los murmullos de las demás que iban en el vagón.

Pero algo llamó mi atención. Mi mirada chocó con un pecho que sin ninguna duda no pertenecía al de una mujer. Incliné la cabeza hacia atrás más de lo que debería para poder ver su rostro y sí, confirmé mis sospechas. No era una

mujer, ni siquiera era japonés ¿Qué coño hacía allí? ¿Era estúpido? ¿No sabía que el vagón era exclusivo para chicas? Esa situación anómala me sacó de mi rutina. Intenté mover los músculos de mi mano para llamar su atención, pero en ese instante me fijé más detenidamente en su mirada. Ese tío tenía la mirada perdida como si no supiese ni en qué mundo vivía, pero a la vez sus ojos azules y profundos parecían un océano en calma. En mi cabeza ya no rondaba la pregunta “¿era estúpido?”, sino: “¿Quién era ese estúpido que me hacía sentir tan diminuta y nerviosa?”

Seguí observándole como una niña frente a un escaparate de una tienda de chucherías decidiendo cuál elegir, pero en ese caso fijándome en cada uno de sus atributos. Su melena rubia tan exótica en estas tierras, pero a la vez con cierta carencia en el uso del champú, esa mandíbula afilada boquiabierta que dejaba adivinar una dentadura blanca y brillante que irradiaba luz propia, como si de una luciérnaga en medio de la noche se tratase. Su camiseta de tirantes mal planchada dejaba al desnudo unos hombros firmes y sostenía en la mano una imponente cámara fotográfica.

Apreté el puño, hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales, pero esa sensación de embriaguez fue derrotada por mi sentido común de reprocharle su presencia en este vagón.

—Perdona, creo que no estás en el lugar adecuado —dije con cierto tono de inseguridad, mientras le señalaba el cartel de *solo mujeres*.

Hubo unos segundos de silencio en los que se contrajeron todos los músculos de su cara, sin duda no era el ros-

tro del que me había quedado prendada hacía unos instantes. No pude evitar poner una sonrisa maliciosa.

—No entender que decir. —Medio gritó gesticulando con las manos en posición de negar y salió por la puerta que en ese momento se abría al llegar a la estación de Kamakura.

—Qué chico tan peculiar... —dije en voz baja al ver su espalda alejarse entre la multitud, sin duda me había provocado una sonrisa de buena mañana.

Capítulo 2

(Liam)

—¿Qué hago levantándome a las cinco de la mañana?
—dije medio bostezando mientras apagaba el despertador e intentaba abrir mis legañosos ojos.

Es verdad, ayer mi jefe me dijo que debía pasar más temprano de lo habitual por la oficina. Se supone que debo entrar a las nueve y salir a las seis, pero nunca se cumple este horario y aunque haga horas extras no te las pagan. Esta es una de las cosas que más odio de este país, explotar a tus empleados está bien visto, es más, es casi obligatorio y nadie se queja.

Me lavo la cara y me pongo lo primero cómodo que veo, ni siquiera desayuno, ¿para qué? De camino a la estación hay mil tiendas donde comprar algo, además no me gusta estar mucho tiempo en este pequeño y solitario piso de las afueras de Tokio, no sé cómo pueden vivir los japoneses en sitios tan minúsculos, un baño en el que apenas cabe mi cuerpo de más de metro noventa, una cocina con solo dos fogones y una sala de estar donde solo hay espacio para una mesa y un sofá-cama.

Cojo la cámara y salgo apresuradamente hacia la estación, esta ciudad es inmensa y hasta la última parada tardo más de una hora en tren. Al menos hoy puedo esquivar la hora punta y viajar tranquilo, algo bueno tenía que tener madrugar tanto, ¿no?

En el vagón solo van tres señores mayores, imagino que igual de afortunados que yo. Todos los días son lo mismo, nada más entrar la gente se me queda mirando, como si de un extraterrestre se tratase, no conciben que un extranjero como yo, pueda estar dirigiéndose a trabajar igual que ellos...

—*Sorry, this is the last station.* —me dice un revisor en inglés con voz temblorosa, y un acento pésimo.

Me he quedado dormido con el traqueteo del tren y parece ser que he llegado a mi destino.

—Muchas gracias por avisarme y disculpe las molestias —le contesto en perfecto japonés, con un tono algo burlesco.

El hombre se sorprende y yo me marcho riéndome para mis adentros, por mi apariencia siempre me tratan como un turista más, cosa de la que en ciertos momentos me aprovecho, pero también disfrutaba descolocarlos de esa manera.

Por fin llego a la oficina, y ahí está mi jefe sentado en su mesa comiendo unos donuts recién horneados, alimentando su ya de por sí prominente barriga. Parecía que este hombre viviese ahí, se rumorea que está casado, pero siempre era el primero en llegar y el último en irse, aunque realmente lo único que hacía en todo el día era comer y dar órdenes.

—Buenos días *Lim*, ¿has dormido bien? —me preguntó en tono irónico, pues sabe de sobra que no.

Llevaba seis años trabajando para ese sujeto, casi íntegramente el tiempo que residía en Japón, y aun así era in-

capaz de recordar mi nombre. Aún no se si lo hacía a propósito o si realmente era tan irrelevante para él.

—Habría dormido mejor si entrase a la hora que me toca ¿Así que a qué lugar tan importante me va a mandar para hacerme madrugar tanto, jefe? —le respondí desafiante.

—No eres el único que ha entrado antes, pero si el único que se queja, —el enfado se hacía visible en su cara—no te habría llamado si hubiese alguien mejor que tu disponible. Tienes que ir a la reserva natural de Kamakura, han recibido una pareja de pandas rojos de otro parque y tienes que documentar su transición de la reserva al zoológico de Tokio, por eso necesito que estés a primera hora.

— ¿Otra vez jefe? Le dije que dejase de mandarme a fotografiar cosas tan simples, hasta un niño podría hacerlo.

— ¡Tú sólo cállate y haz lo que te digo! —me gritó violentamente—sabes muy bien que no estás en posición de exigirme, sólo estás aquí porque mis superiores pensaron que daría prestigio a la revista tener un nombre extranjero en las fotografías.

—Tiene razón, perdone mi insolencia...—me despedí amablemente de él, aunque por dentro pensaba todo lo contrario, y me dirigí de nuevo a la estación.

Esa conversación me dejó tocado. Tenía razón, sólo estaba ahí para cumplir con los planes de alguien por encima de mí, eso me cayó como un jarro de agua fría y ya eran varios desde que llegué. Vine a este país huyendo precisamente de esta misma situación y aun así se repite la misma historia.

En el subterráneo, me di de bruces con otro contra-tiempo, estaba tan absorto con las palabras de mi superior

que me había olvidado de la hora punta, lo único bueno que me había pasado esa mañana se acababa de esfumar, ahora me tocaba estar una hora apretado en un minúsculo cubículo de metal como si de una sardina enlatada se tratase. Llevaba un tiempo planteándomelo, pero visto lo visto nada bueno vendría de quedarme más tiempo en este país. De todas formas, no había conseguido nada que me atase aquí, en estos seis años solo había podido hacer un buen amigo y mi carrera no avanzaba.

<<Creo que disfrutaré de mi última primavera y me iré, así al menos me llevaré el recuerdo de los cerezos en flor, mágicos en esta época.>>

—Perdona, creo que no estás en el lugar adecuado.
—dijo una voz dulce y temblorosa.

Tardé unos segundos en volver de mis pensamientos y bajé la mirada para poder ver a la pequeña mujer que me dirigía esas palabras, me estaba mirando fijamente y me volví a perder, esa vez en sus ojos color avellana ligeramente rasgados, que nada tenían que ver con el prototipo de mujer asiática, estos eran atrayentes y profundos. Seguí recorriendo su rostro, sin ninguna impureza visible en su blanca piel, y me detuve otra vez en sus pequeños y sensuales labios rojizos.

Decidí bajar más aún la mirada para seguir contemplando atónito cada rincón de su cuerpo cuando me percaté de que está señalando algo. ¡Oh, no! Había perdido tanto la noción que me metí sin querer en el vagón exclusivo para mujeres, seguro que a sus ojos me veía como un rarito.

— No entender que decir. —dije medio gritando por el sobresalto al tiempo que negaba con los brazos y salí por la

puerta que en ese momento se abría al llegar a la estación de Kamakura.

En momentos como ese sí que venía bien ser extranjero... aun así salí apresuradamente del subsuelo por la primera salida de las tantas que hay y me alejé un poco de la estación por la vergüenza de volverme a cruzar con ella. Cuando me calmé y miré a mi alrededor para situarme, me di cuenta de que no reconocía ninguna de estas calles. Me había perdido.

Al cabo de un rato de seguir las indicaciones de los lugareños. Por fin llegué a la verja que delimitaba el fin de la reserva, toqué al pequeño telefonillo al lado de la puerta y esperando la respuesta se volvió a cruzar en mis pensamientos la imagen de aquella mujer.

—Buenos días, ¿qué le trae por aquí?

—Buenas, soy el fotógrafo de Tokio News; deberían haber recibido un e-mail diciéndoles que vendría hoy.

—Ah claro, te abro la verja. No hace falta que pases por la oficina; Sakura, la veterinaria a cargo, te está esperando en la jaula del final.

—Muchas gracias. —le respondí amablemente.

Conforme me acercaba a la jaula oía cada vez más claras las risas de la veterinaria jugueteando con los animalillos. Antes de hablar me detuve un momento justo detrás a contemplar aquella escena por miedo a perturbar el agradable momento que estaba teniendo. Al fijarme más detenidamente en su silueta mi corazón se aceleró, no sabía si por vergüenza o por lo atrayente de su figura incluso con el uniforme. Había ido allí a trabajar, por lo que intenté ha-

blarle, pero no pude articular palabra. Respiré hondo y volví a intentarlo.

—Pe... Pe... ¿Perdona?

Capítulo 3

(Sakura)

Como siempre la puerta de la oficina no se abría al primer intento, pero tras incontables meses trabajando allí, una ya sabía sus trucos, un pequeño puntapié en la zona inferior izquierda, por donde la madera ya estaba siendo carcomida por un pequeño vecindario de termitas y cedía fácilmente.

—Buenos días, otra vez con un buen puñado de minutos de retraso, espero que al menos haya merecido la pena el polvo matutino, Sakura —dijo Kate desde su escritorio, inclinándose en su silla impoluta mientras dibujaba una sonrisa pícara esperando mi habitual contestación de todos los días.

Me tomé unos segundos para contestar. Kate era mi compañera desde hacía ya dos años, la trasladaron desde Miami en una extraña operación de intercambio para compartir diferentes técnicas en el cuidado en cautividad de animales exóticos, pero es de esas personas que se hacen enseguida al lugar y se ponen al frente sin titubear; sin duda admiraba ese coraje y seguridad en sí misma, esto combinado con su tez morena que aglomeraba un buen número de pequeñas pecas, su larga cabellera rubia natural, que podría perfectamente ser ejemplo de cualquier anuncio de producto cosmético, habían provocado que las escasas visitas, fugaces incluso, de hombres atractivos a la reserva hubiesen finalizado en su cama y no en la mía.

—Ha sido increíble, aún tengo los pelos erizados, viendo cómo se manejaba con las manos decidí al instante cambiarme de dentista para siempre, ganó una nueva cliente —contesté mientras me dirigía hacia mi escritorio sin gesticular ni un músculo de mi rostro. Las dos sabíamos que era mentira, pero el llegar tarde, que dijese lo del polvo matutino y mi cada vez más costosa historia inventada se había convertido en una divertida tradición que las dos habíamos aceptado sin acordarlo.

—¿Sí, dentista? Cuenta...

—Kate... —Solo con decirle eso fue suficiente incluyendo una mirada sostenida para que cesásemos la conversación.

—Bueno, Sakura, no te cierres a nada, sabes lo que dicen de la esperanza.

—Basta, sabes que nunca he tenido ese apetito sexual tuyo.

Me miró con una sonrisa traviesa mientras mordía la enésima tapa de bolígrafo.

—Kate, ¿me has pasado las analíticas de Joe y Nessie al correo?

—Qué manía tienes con ponerle nombre a todas las bestias que nos llegan; además, no te encariñes mucho, sabes que solo están de paso.

—No son bestias... Son adorables —respondí con firmeza.

—Son dos bolas rojas de pelo que se pasan todo el día en una rama durmiendo, y por cierto ya han devorado todo el bambú que pusimos ayer, vamos a tener que aumentar la cantidad.